

sin aquel fiat que salió de tu boca, para mi encarnacion en tu vientre.”

Todavía mas, es tan indispensable, segun los decretos del Señor, amar á la Santísima Virgen, para entrar al cielo; que la misma Santísima Señora no estuvo exenta de esta condicion. Véamos de que modo.

Aunque la Santísima Virgen tenia un elevado conocimiento de las Santas Escrituras, y sabia por lo mismo, que el Verbo divino encarnaria en las purisimas entrañas de una purisima Virgen; no sabia, empero, que Ella era esa Virgen predilecta y escogida para Madre del Verbo divino, y estaba muy lejos de creer, por su profunda humildad, que Ella era la elegida para tan alta dignidad; así es que la noche de la encarnacion oraba humilde y fervorosa deseando y pidiendo la pronta venida del Salvador prometido, para que el mundo saliese del espantoso abismo de males en que estaba sumergido. Es evidente que al recordar la promesa hecha por el Señor en el paraiso y tantas veces repetida despues, recordaba que vendria al mundo la Virgen Madre, y vendria llena de gracias, y seria el objeto de las atenciones del Señor, y seria muy digna de ser servida por los ángeles y los hombres. Si los patriarcas y los profetas adoraban á la futura Madre del Mecias, es claro que Maria no sabiendo que Ella habia de ser esa dichosa Madre, la adoraba, la amaba y deseaba servirla con mas ahinco que los profetas y los patriarcas; luego, Maria aparece en esta vez devota de si misma, sin saberlo, y por eso se cree que en la noche de la encarnacion, su oracion seria semejante á esta: “Dios y Señor

mio has que vuelen y pasen los tiempos, para que llegando la plenitud de ellos, venga el deseado de las naciones, aparesca la linda Virgen que le ha de dar á luz. ¡Oh si yo la conociese y le sirviese de rodillas!” Luego, adoraba y amaba á la futura Virgen Madre.

Entonces fué cuando Gabriel descendió del cielo, y entrando en el retrete de Maria, temblando de respeto y postrado en tierra, le anunció que ella es esa Virgen incomparable, llena de gracia, escogida desde la eternidad para Madre de Dios hecho hombre. Parece que el Señor queria que ninguna criatura dejase de amar á Maria; ni Maria misma; y por eso la habia dejado ignorando su predestinacion para ser su Madre. Y si la Santísima Virgen al recordar en su oracion á la prometida aurora del Sol de justicia, no la hubiera amado, creo que esto habria bastado para caer de la gracia del Señor; pero la amó, y luego fué saludada por el arcángel: llena de gracia, “gratia plena.” Se puede pues decir que Maria fué puerta del cielo aun para si misma.

Maria fué, pues, puerta del cielo para los ángeles, para los hombres, para la humanidad de Jesucristo, para si misma y lo es y será para todos nosotros.

Mas es necesario para que Maria sea para nosotros la puerta de la bienaventuranza eterna, que le sirvamos fielmente á imitacion del dichoso Juan Diego, á quien vemos entregado al servicio del Señor y simultáneamente al servicio de Maria. Lo vemos segun consta en el punto histórico de este capitulo, que nada lo arredra para servir á la Santísima Virgen, y que cumple sus órdenes con exac-

titud, con humildad y con una sencillez que revela la pureza de su alma. ¡Oh si así sirviésemos á nuestra santísima Madre! ya nos podíamos considerar en la puerta del cielo. Con mucha razon y con el mas sólido fundamento asientan los teólogos que la devocion á la Santísima Virgen es un signo de predestinacion.

Pero ¡oh desgracia digna de llorarse con lágrimas de sangre! hemos tocado una época en que muchos mexicanos alucinados con el falso brillo de una mentida ilustracion, tienen el servicio de Maria como cosa propia de gente ignorante y fanática. ¡Desgraciados! No se avergüenzan de acciones bajas y viles para agradar á los hombres, pasar por despreocupados y dizque ilustrados; y se avergüenzan de servir á la Reina de los cielos de cuyo servicio se han preciado y se han tenido por felices y muy honrados los hombres mas grandes que ha tenido el mundo, y los mismos espíritus angélicos, de los cuales el mas pequeño es mayor que el mas grande y poderoso de los hombres, se alegran y se ven ennoblecidos por poder servir á la incomparable Virgen; y lo que es mas, el mismo Señor Dios sirvió y obedeció á esta admirable criatura.

¡Los mexicanos, pueblo distinguido por la Emperatriz de los cielos y de la tierra, se avergüenzan de servir á Maria! No quiera Dios que continúe esa soberbia, porque es seguro que será castigada con grandes humillaciones, y tal vez con una vergonzosa esclavitud y pérdida total de nuestra nacionalidad, de nuestra religion, y.....de la salvacion eterna!

Aun es tiempo de reflexionar y volver al buen cami-

no, No nos ceguemos, no es fanatismo ni retroceso ser justos, ser agradecidos, ser devotos de Maria. Alabamos y celebramos los nombres, las imágenes y la memoria de los invictos héroes de nuestra independencia; y ¿no celebraremos, ni alabaremos, ni amaremos, ni queremos servir á la poderosísima Reina ante cuya presencia doblaban la rodilla nuestros héroes? ¿No honraremos á la Madre del Señor de cuya mano vienen las felicidades y la gloria verdadera de las naciones?

¿Qué dirán los protestantes, qué dirá la ilustrada Europa, dicen algunos mexicanos, con espantosa ceguedad, si nos ven devotos celebrar á Maria. ¡Malditos respetos humanos! Por ellos el injusto Pilato sentenció á muerte al inocente por escencia. Dejemos á los protestantes ciegos, á los europeos que se hayan entregado al error ¿qué nos importan sus murmuraciones? ¿necesitamos de ellos? ¿pende nuestra felicidad de sus aplausos? ¿no hay en la Europa multitud de verdaderos católicos ilustrados que nos vindicarán de los dieterios de los impios? Y aun cuando el mundo entero nos zahiera porque honramos y servimos á nuestra Madre, el cielo nos aplaudirá, y nuestra fidelidad y gratitud tocará la cima del heroísmo.

Virgen del Tepeyac: Virgen mexicana, alcanzanos rayos de luz para que nuestra inteligencia se ilumine y pueda llamarse con toda verdad ilustradas, alcánzanos una sólida piedad para corresponder con ardientes afectos y puntuales servicios tus piedades. Bendice á nuestra nacion, que tambien es tuya, hasla verdaderamente feliz, para que el mundo vea que la nacion que te ama goza

de una verdadera libertad, de un bienestar permanente y de una dicha cual corresponde á los hijos verdaderos de la mas pura, de la mas santa, de la mas poderosa y tierna de las madres.



CAPITULO VII.

PUNTO HISTORICO.

DUEGO que Juan Diego, que iba por delante á una vista de los criados del Sr. Obispo, llegó á la cumbre del cerrillo halló en él á Maria Santisima, que le aguardaba por segunda vez con la respuesta de su mensaje. Humillado el indio en su presencia, le dijo, “como en cumplimiento de su mandato, habia vuelto al palacio del Sr. Obispo, y le habia dado su mensaje y que despues de varias preguntas y repreguntas que le habia hecho, le dijo no era bastante su simple relacion para tomar resolucion en un negocio tan grave, y que le